

dor, establecido en sus conquistas, adopta fácilmente las costumbres del pueblo vencido cuando no son contrarias á su carácter. Y por ventura ¿hay carácter á quien repugnen las fiestas en que solo se trata de comer, beber y divertirse?

Los que opinen que el estudio de la etimología es muy importante para averiguar los orígenes de los usos y aun de las opiniones de los pueblos, no me culparán de que me haya detenido en describir el de *pan caritat*.

(12) *Sa, Son, Can*. Este modo de intitular los predios ó quintas de Mallorca debe parecer á usted tan extraño como á mí, y por lo mismo le comunicaré las conjeturas que he formado acerca de él.

Tres palabras preceden á estos títulos: primero, *sa* á los que se toman del lugar en que está situado el predio, siendo de género femenino, como *sa Taulera, sa Cova*; segundo, *son*, y tercero, *can* á los que se tomaron del apellido de sus primeros ó antiguos dueños, como *son Dureta, son Armadans*, ó como *can Virella, can Deyá*.

En cuanto al primero no cabe duda en que es un artículo femenino, equivalente al castellano, y que *sa taulera, sa cova*, vale tanto como *la tejera, la cueva*. Tampoco hay duda en que es de origen latino, y que así como el artículo *la* viene del pronombre *illa*, el mallorquín *sa* se formó del pronombre *ipsa*, corrompiéndose la pronunciación de uno y otro, al mismo tiempo que se convertían de pronombres demostrativos que eran, en simples artículos. La prueba de esto es que para indicar títulos de género masculino se emplea en vez del *el* castellano, el artículo *es* mallorquín, diciendo *es terren, es paredó*, por *el terreno, el paredón*, así como se dice en el dialecto de la isla *sa ma, sa cama*, por *la mano, la pierna*, y *es bras, es peu*, por *el brazo, el pié*.

De aquí he colegido yo que *son* es también un artículo de la misma significación y origen, con la diferencia de haberse formado sobre la terminación neutra *ipsum*; y esta diferencia pudo venir de que el título á que precede es un apellido, á que le dió la terminación neutra, como propia de los adjetivos sustantivos. Pudo venir también de la misma terminación en acusativo, en el que es común al masculino y al neutro, y que lo que hoy se dice *son Dureta, son verí*, antes se dijese *ad ipsum Dureta, ad ipsum verí* ó *verinum*.

No se puede atribuir igual origen á la partícula *can*, aunque derivada también del latín; pues que á mí ver no es otra cosa que un síncope de la palabra *casam*. He observado que esta partícula precede más bien al título de pequeños que de grandes predios, é inferido que en lo antiguo se aplicó sola á una pequeña casa rústica. Puede probar esto el que en algunos no se dice *can*, sino *cas*, como *cas gayans, cas canonge*, y en el plural se usa frecuentemente de la palabra latina entera, como *sas casas de Génova, sas casas de can Trau*. Ni se extrañe la terminación de acusativo *casam*, porque en el latín de la media edad era muy frecuente decir *ad casam, vel ad casas de N*.

Como quiera que sea, en el día, así esta como las otras partículas se usan ya en calidad de simples artículos.



## APÉNDICE PRIMERO

### Á la descripción histórico-artística del castillo de Bellver

*Sed finge magnum me aliquod et insigne  
vulnus accepisse, quantum mihi census ex-  
tare praesidiū et superesse solatii ex iis lit-  
terulis, quas á puero hausi?*

SEÑOR DON JUAN CEÁN BERMÚDEZ.—Mi querido amigo: Pues que usted ha leído con gusto la primera parte de mi descripción, espero que le tendrá mayor en leer los apéndices que voy trabajando para ella, y de los cuales va con esta el primero. Conozco el ansia de usted por noticias conducentes para la historia de nuestra arquitectura, en que trabaja tanto tiempo há, y bástame haber recogido un buen número de ellas, harto curiosas y raras, para contar de antemano con el placer que tendrá en recibirlas; cuanto más, si considera que solo una extraña casualidad las pudo hacer salir de los archivos en que yacían, á tanta distancia del continente, en que usted vive, y cuanto más, cuando vea que se refieren á tres edificios que pueden ser contados entre los mejores de la media edad que posee España, y en los cuales admira Mallorca unidas todas las bellezas que la arquitec-



tura ultramarina consagró á la religión, á la seguridad y á la policía pública de su capital.

Tales son la catedral, el castillo de Bellver y la lonja de Palma, que darán materia á estos apéndices; á los cuales añadiré otro relativo á los monasterios de Santo Domingo y San Francisco de la misma ciudad, en que no faltan noticias de las que usted busca y desea, y que harán buena figura en su copiosa colección.

El apéndice de Bellver, que ahora envío, será para usted más apreciable por lo que promete que por lo que da. Dígolo porque cuán largo es, todavía sólo en la menor parte toca á la historia arquitectónica. Mas con todo, creo que será leído sin fastidio por usted, entre otras razones, porque el trabajo que puse en averiguar sus memorias le hará brujulear en que habré puesto en descubierto otras más de su propósito, y también convencerse de que no porque camino á tientas deyo de entrarme sin tropiezo por las más escondidas callejuelas.

Si las noticias que he mezclado en él parecieren á algunos inoportunas, nada me importa. Confesando que muchas de ellas son ajenas de su objeto principal, daré á usted dos razones que me han movido principalmente á escribirlas: una, que así como para animar la descripción del castillo de Bellver y sus vistas he sembrado en ella algunas reflexiones que la presencia de los objetos excitaba, también para no hacer cansada la lectura de unos hechos que nada ó poco tienen de agradable, he querido enlazar con ellos algunas noticias coetáneas no indignas de saberse, y que al mismo tiempo pueden servir á su ilustración. Otra, que así como no he querido que se pierdan las noticias que forman la materia principal de mis apéndices, que son inéditas, y en la mayor parte ignoradas antes de ahora aun en Mallorca, tampoco he querido que se pierdan otras descubiertas al mismo tiempo que ellas, y que sobre no ser menos ignoradas, pueden dar mucha luz á la historia de esta isla, y suplir algunos descuidos ó equivocaciones en que cayeron sus cronistas.

Por la misma, y aun mayor razón, añadiré á mis apéndices y á sus notas la copia de algunos documentos, que sirven de prueba á los hechos y noticias á que se refieren, aunque en esto procederé con más reserva, por ahorrar tiempo y trabajo.

Á pesar de todo, confieso á usted llanamente que á los que no son de nuestro gusto parecerá uno y otro trabajo poco digno de la fatiga que he empleado en buscar y ordenar estas memorias; sobre todo si consideran el tiempo y la situación en que le he emprendido y seguido. Porque veo que algunos tienen por cosa extraña en mí esta ocupación, y que usted mismo admira, y por decirlo así, se espanta de la serenidad de espíritu que suponen semejantes tareas. ¿Qué no pensarán pues los que no me conocen? Pero ya he dicho á usted otra vez, y ahora repito, que en este trabajo solo trato de entretenerme y entretenerle, y esto me debiera bastar por respuesta. Mas ahora, para satisfacer á usted y á todos de una vez, diré lo que el docto patriarca de Aquileya en situación semejante, aunque á la verdad menos dura, escribía á un amigo suyo en carta de 17 de diciembre de 1491 (a):

«¿Por qué no me entretendré contigo mientras que algunos hombres de ánimo apocado piensan que debo llorar? Suponen que desde un semblante alegre de situación tan poco agradable, y aun á otros choca y ofende esta especie de constancia y buen humor, de tal manera, que parecen más descontentos los que hacen daño que quien lo sufre; pero yo nada aprecio tanto como esta fortaleza de ánimo que debo á Dios, y nada es para mí de mayor consuelo, puesto que, como ya dije á usted otra vez, no solo me hace sufrir con moderación la adversidad, sino sacar provecho y deleite de lo mismo que sufro. Yo de nada me quejo, nada solicito, á nadie ofendo ni acuso, y la paz y la alegría y humilde reconocimiento á la bondad del cielo me consuelan cuando estoy en vela, y hacen mi sueño reposado.»

Á buen seguro que gocen de igual tranquilidad, no digo los que me persiguen, sino algunos que no sufren persecución. Y no crea usted que esto sea poquedad ó estupidez de espíritu, ni menos de soberbia ó afectación. Nace de haber meditado bien sobre la condición de las cosas humanas, y tener siempre á la vista su término. Porque, amigo mío, si en lo que tanto anhelamos en esta vida hay algo de grande, todavía es de tener en poco, porque es cierto que durará muy poco; pero

(a) Epist. Hermol Barbari Antonio Calvo, *inter Epist. Angeli solit.*, pág. 403.  
(Nota del autor.)



si todo es pequeño y deleznable, la consecuencia es más fácil de sacar.

Con este apéndice envió á usted los dibujos: uno de la reja de la capilla, con muestra del gusto de puertas y ventanas del castillo, y otro de los edificios de Portopí, para que nada le puede que desear.

Y ahora no me dé usted priesa, por Dios, sobre el envío de los otros apéndices; ellos se van corrigiendo, copiando y enriqueciendo con dibujos y allá irán cuando puedan ir; basta que usted considere el entretenimiento que hallo en este trabajo, y el gusto que tengo en complacerle, para que ni se apure ni me apure.

Y con esto, quédese con Dios, y mande á su constante y fino amigo.—GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

## MEMORIAS

### DEL CASTILLO DE BELLVER

Las memorias del castillo de Bellver son de algún interés para la historia general de la arquitectura, y también para la de esta isla, y aunque en lo demás ofrezcan poco cebo á la curiosidad pública, pueden, con todo, satisfacer el gusto de los que desean conocer á fondo la historia de la media edad. Y como por otra parte hay algunas razones que las hacen muy apreciables para usted y para mí, he procurado recoger cuantas me vinieron á la mano, y tales cuales son, quiero darles lugar en este apéndice.

Á creer á don Vicente Mut, debería dar principio á ella desde la entrada del siglo ix. Hablando este coronista de cierta expedición que el almirante catalán don N. Daro hizo contra Mallorca en el año de 802, cuando mandaba en Barcelona el conde Cinofre, después de referir los maravillosos hechos de aquella empresa, desembarco, batalla, victoria, toma de la capital y expulsión de los moros de la isla (1), dice entre otras cosas: *Fué nombrado por alcaide del castillo de Bellver, que estaba junto á la ciudad, don N. Bellver, y por*

*ventura, añade, desde entonces se llama Bellver.* Mas esta expedición es una de las consejas que el patrañero de fray Esteban Barellas ingirió en el capítulo 123 de su centuria (ó más bien novela) de los condes de Barcelona. Y además de que prueba el intento, pues que allí se trata del castillo de la ciudad, y no de otro, bastábale á Mut reflexionar que aquella obra se dice traducida de un rabino catalán, llamado Capdevila, del cual, ni de su original, hay noticia cierta, para desechár su autoridad como expúrea á indigna de la historia.

El nombre mismo de Bellver resiste tanta antigüedad, pues que conocidamente pertenece á la edad media y á la lengua vulgar catalana.

Es bien sabido que *Bellver, Belvedere, Belloviso*, etc., valen tanto en ella como *Buenavista* en castellano; que tales títulos se dan á pueblos ó edificios situados en lugares altos, que tienen ante sí, como éste, una hermosa perspectiva, y por lo mismo, que nunca preceden á su fundación, sino que nacen con ellos, y son como su nombre de bautismo. Así es que en los documentos antiguos vulgares éste se nombra siempre *Castell de Bellver*, y en los latinos *Castrum de pulchro viso*.

Es verdad que algunos pretenden también que aquí hubo antes lugar y parroquia, especie igualmente infundada, pues que no existiendo en todo este recinto ruina ni vestigio de iglesia ni caserío (salvo un trazo de pared formácea, que no indica grande antigüedad), ni constanding tampoco del establecimiento de tal parroquia, no se puede asentir á su existencia. Demás que si este término pertenece al de la antigua parroquia de Santa Cruz, y no se halla documento ni memoria que acredite su desmembración ni reunión, es claro que siempre perteneció á ella. Bien es posible que se halle noticia, como me han asegurado, de una antigua parroquia de Bellver; pero habiendo en la isla otros distritos con el mismo nombre, á ellos se deberá aplicar, y no á este cerro.

Es también para mí muy dudoso que en otro tiempo fuese cultivado, por más que don Vicente Mut asegure, sin decir de dónde lo supo, que los términos de Bellver y San Carlos estaban en lo antiguo plantados de viñedo. Porque ¿cómo es posible que en un suelo peñascoso, en que apenas se halla una lijera capa de tierra, y en que hoy sólo se descubren plantas indígenas, se hubiese hecho semejante plantío y cultivo,



sin que quedasen algunos rastros y señales de los trabajos que en él se hicieron?

Creo por tanto que al tiempo de la conquista de Mallorca por el rey don Jaime no había lugar, torre ni castillo alguno, y que el cerro de Bellver era lo que ahora es, un espeso bosque producido por la naturaleza, sin que la industria hubiese hecho en él otra cosa que mondar los pinos, ingertar algunos acebuches y algarrobos, y aprovechar los frutos y leñas de todos.

Para creerlo así, me fundo, además de lo dicho, en el silencio de la historia de la conquista. Porque constando de ella que el ejército de Aragón desembarcó hacia esta parte de la costa, y que el terreno que media entre el punto del desembarco y la ciudad se disputó palmo á palmo (2), ¿cómo es posible que si existiese aquí algún castillo ó fortaleza, no se hiciese memoria de él? Y si el ejército cristiano se acampó en la llanura, apoyando su derecha al mar, pues que siempre tuvo comunicación con la escuadra que estaba en la *Porrassa*, ¿cómo pudo dejar de mentarse una defensa, que si existiese, sería de tanto apoyo para los sitiadores como de estorbo para los sitiados? No me he detenido en esto para probar que entonces no existía el presente castillo, pues que de esto hay testimonios más positivos, sino para hacer ver que antes de él no existió aquí otro alguno. Detúveme también para ilustrar una conjetura que no debo omitir, por más que no asienta á ella. Hela aquí.

Convencido por propia experiencia el conquistador del daño que habían sufrido los moros descuidando la defensa de este importante punto de la costa, ¡cuán natural parece atribuir á príncipe tan sabio el designio de fortificarle! Y al verle tomar tan acertadas providencias para organizar el gobierno civil, militar y eclesiástico de la ciudad y de la isla, ¿quién creerá que olvidó la más necesaria para su seguridad? Mallorca en aquel tiempo estaba defendida al este por el antiguo castillo de Pollenza, que cubría su bahía y la de Alcudía; tenía el fuerte castillo de Santueri para proteger los puertos del mediodía, y el de Alarón servía para defender la montaña situada al norte. Sólo estaba indefensa la parte de poniente, esto es, la más importante por su mayor cercanía á la capital y por la protección que requerían sus puertos y los mejores

fondeaderos de la bahía. Si acaso existían el cubo que defendía la cadena de Portopí y las dos almenaras que cubrían la boca de su canal, podrían servir á lo más para defender la entrada del puerto, y no el paso á la ciudad. No sería, pues, extraño que don Jaime I hubiese formado la idea de levantar este castillo, y esta conjetura es tanto menos voluntaria, cuanto no consta hasta ahora cuándo se empezó á construir.

Con todo, tengo para mí que el principio, así como la conclusión de esta obra, pertenece al reinado de don Jaime II. Aun cuando la hubiese ideado su heróico padre, eran muchos y graves los objetos que llamaban su atención y absorbían los fondos de su erario, para que creamos que pudo llenarlos todos á la vez. Dejando pues á un lado lo que es dudoso, vamos ahora á lo que se ha podido descubrir de positivo.

No cabe ya duda en que el castillo de Bellver se acabó de construir en tiempo de don Jaime II de Mallorca, pues que consta así del último libro de cuentas de su fábrica. Á fuerza de diligencias é importunidades, se pudo dar con este libro, que empieza en 1.º de abril y acaba en fin de diciembre de 1309. La simple vista de las partidas acredita que la cuenta que contiene es la última. Pero ¿es total? He aquí lo que se duda.

Dígolo porque el sujeto que á mi ruego reconoció este libro, advirtiendo el gran número de maestros y trabajadores ocupados en las obras, además de los esclavos del Rey, y la singular circunstancia de haberse habilitado los días festivos para seguir sin interrupción y con celeridad los trabajos, se persuadió desde luégo á que la cuenta era total, y de consiguiente á que esta obra se había empezado y concluido en el breve plazo de nueve meses.

Mas yo no puedo acceder á esta opinión, que me parece resistida por la misma obra; porque ¿quién creerá que un edificio tan grande, tan fuerte, de tantas y tan altas torres y profundos fosos, como usted habrá visto por su descripción y planos; un edificio á que además se agregaron tantos, tan varios y diligentemente acabados accesorios, no sólo de arquitectura, sino también de herrería, carpintería y aun de pintura, como luégo diré, se hubiese empezado y concluido en tan breve tiempo? El número de trabajadores no era por cierto excesivo, porque los maestros, bajo cuyo nombre creo



comprendidos también los oficiales, no llegaban á sesenta, los esclavos del Rey eran sólo siete, y aunque las mujeres empleadas llegaron alguna vez á ciento cuarenta y ocho, se sabe que su ocupación se reducía á sacar tierra y broza, lo que prueba más bien la grandeza de la obra, y de consiguiente la necesidad de darle una duración proporcionada á ella.

Además, que los maestros y obreros no sólo se ocupaban en fabricar, sino también en sacar y labrar la piedra de la cantera, pues consta que subía ya preparada desde ella. Aun por eso en las cuentas se notan tantas partidas de aceite, con expresión de que eran para los maestros que trabajaban en la mina. Y he aquí por qué si se reflexiona cuántos escombros darían estas galerías y las enormes excavaciones de los fosos, no parecerá excesivo el número de manos en ellas ocupadas. De todo lo cual se puede concluir que la cuenta de que se trata es sólo la del último año de la obra.

Dado pues que se remató en 1310, y suponiendo que la empezó don Jaime II de Mallorca, no se puede fijar su principio sino á la entrada del siglo xiv. Verdad es que este príncipe sucedió en el reino en 1276, y vino luego á coronarse en Mallorca, pero sin detenerse aquí. Volvió después en 1278, pero sólo se detuvo á nombrar los síndicos que debían prestar á nombre de estas islas el homenaje y feudo que exigió de él su hermano mayor, el rey don Pedro III de Aragón.

Poco después sobrevinieron aquellas grandes desavenencias entre los dos hermanos, que al fin rompieron en abierta guerra, y trajeron á don Jaime, no sólo ausente de Mallorca, sino también despojado de su dominio, habiéndola conquistado, á nombre de su padre, el infante don Alonso de Aragón. Y como la concordia que apaciguó estas turbaciones no se verificó hasta fines del siglo xiii, es claro que no se puede anticipar á ella el principio de nuestra obra.

Pero á la entrada del xiv vemos ya á nuestro don Jaime residiendo tranquilo en su reino, pues de una pragmática que cita Bosch (*Titulos y honores de Cataluña*) consta que en 10 de agosto de 1300 residía en Valdemusa. Desde entonces le vemos también emprendiendo aquellos venerables y benéficos establecimientos, que le hacen acreedor al título de fundador de su reino, y su nombre tan venerable como digno de la gratitud de estos isleños. Á este tiempo, pues, refiero yo el principio de las obras de Bellver.

Porque no dudo que esta fuese la primera de sus empresas, puesto que sobre ser tan necesaria la defensa de la isla, como queda dicho, una triste experiencia acababa de convencerle que en la ambición de los aragoneses tendrían sus hijos un enemigo perpetuo y poderoso, contra el que ninguna precaución sería por demás. Por tanto, en lugar de nueve meses, doy sin reparo á esta obra la duración de nueve años, sin que á esto repugne la actividad advertida en los trabajos; pues que á cualquiera que la observe de cerca y considere despacio su grandeza y perfección, quedará todavía mucho que admirar de que un edificio tan vasto y tan magnífico se hubiese construído en este plazo, cuando otros de su clase suelen durar siglos.

Ahora pues, determinado así su principio, vamos á tratar de sus circunstancias, de las cuales, llevando por guía el libro ya citado, diré á usted las que pudieron extractarse en un rápido reconocimiento (pues que no hubo proporción para más), y las que creo más conducentes para la historia de la obra y de nuestra arquitectura.

Empezando por su materia, y asentando primero que todo el edificio es de buena sillería, así exterior como interiormente, advierto que en él se emplearon tres diversas piedras, aunque de una misma especie.

La primera y principalmente empleada es la que se sacó del mismo cerro. Las profundas galerías de sus canteras existen, y ellas son tantas y de tal extensión, que convienen muy bien con la grandeza de la obra.

Pero además se notan por toda la superficie del bosque tan hondos socavones y tan grandes cortaduras y huellas de canteras, que tengo para mí que de él salieron también la mayor parte de los edificios levantados en Palma después de la conquista, y que con alguna razón se puede decir que esta ciudad es hija de las entrañas de Bellver.

La segunda piedra fué la llamada de *Portals*, traída de una cantera que hay sobre la ensenada de este nombre, entre Cala-Figuera y la isla de la Porrassa, á cosa de una legua de aquí. Es más dura que la antecedente, y por lo mismo sirvió para los muros y obras exteriores, expuestas al ataque.

La tercera vino de la famosa cantera de Santañí, situada en el término de esta villa, á ocho leguas de Palma. Es la más



preciada en esta isla, así por la finura de su grano como por la limpieza, igualdad y hermosura de su color, sin que lo desmerezca por su finura, pues tiene cuanta cabe en piedra de su clase. Aun por esto fué empleada también en todas las obras de ornato y delicadeza en los insignes edificios de la catedral y lonja.

Todas estas piedras se hallan en la costa y todas son arenosas y de la clase conocida comunmente con el nombre de *asperón*; circunstancias que no deben perder de vista los que estudien la geografía de Mallorca, pues que según mis noticias, estos lechos de *asperón* corren hasta el extremo oriental de la isla.

Mas en cuanto á la tercera, no quisiera que usted olvidase lo que le tengo dicho en mi descripción, esto es, que por su excelencia fué escogida y llevada á Nápoles para reedificar la célebre fortaleza de *Castelnovo*, la más respetable de aquella ciudad. He leído que Carlos I de Anjou construyó aquella fortaleza en 1270; pero ó por considerarse muy débil contra la moderna artillería, ó por estar arruinada en tiempo de Alfonso V, se pensó en levantarla de nuevo en 1450. Pudo notar este sabio príncipe que la piedra llamada *piperna*, empleada en los castillos de aquel país, era poco á propósito para semejantes obras, como que no es otra cosa que una lava del Vesubio. Deseando, pues, reedificar aquella fortaleza en forma más grande, fuerte y magnífica, quiso emplear en ella la piedra de Santañí, la más bella y fina que conocía en sus dominios. Pidióla en su consecuencia á Mallorca, y su real orden, fecha en Nápoles el 6 de marzo de aquel año, y dirigida á Juan Albertí, su procurador en Palma, existe original en los archivos de la universidad. He apuntado esta noticia, así para probar el parentesco que establece entre este y aquel célebre castillo, como porque ofrece un hecho digno de conservarse en la historia de nuestra arquitectura.

Nada diré á usted en cuanto á la forma del castillo, así porque de ella he hablado ya en su descripción, como porque en este punto habla más el dibujo que las palabras. Pero sí le diré de sus autores, porque usted espera sin duda con impaciencia que le descubra el nombre del arquitecto que dirigía estos trabajos, suponiendo que debe constar en nuestro libro, como así es. Llamábase Pedro Salvá, y era, al parecer, ma-

llorquín, pues que este apellido es antiguo y conocido en la isla, y aún existen en Palma familias que le llevan. Es verdad que la circunstancia de ser este el principal arquitecto de la obra no se halla expresada en la cuenta, ni en ella se le da semejante título; mas yo la infiero de las siguientes reflexiones: primera, á ninguno de los maestros se señala en la cuenta por su nombre, sino á Pedro Salvá; los demás se indican colectivamente y sin nombrarlos. Segunda, siempre su nombre, ó por lo menos el de maestro Pedro, está colocado el primero en la lista. Tercera, él es el que tiraba el mayor salario entre todos los llamados maestros. Cuarta, el nombre de arquitecto no estaba entonces en uso por aquí, como ni en otras partes, puesto que á los más señalados profesores de arquitectura no se daba otro título que el de maestros, expresado á los más por el nombre de *lapicidas* en latín, y *pica-pedrereros* en lengua del país, como usted verá en documentos de aquel siglo; de todo lo cual se debe concluir que mientras no conste por otras pruebas que esta obra se empezó en tiempo del conquistador, ó fué inventada y trazada por otro, la gloria de haberla construido se debe al buen rey don Jaime II como su autor, y á Pedro Salvá como su inventor y director; gloria, á la verdad, no pequeña, y bastante para perpetuar sus nombres en la historia de la arquitectura, pues que el castillo de Bellver es, á mi juicio, la primera entre las obras militares que existen en aquella ciudad.

Por lo que conduce á la misma historia, y aun á la civil y económica de Mallorca, diré también á usted que Pedro Salvá ganaba solamente dos sueldos y cuatro dineros al día; esto es, veintiocho dineros, que equivalen á catorce cuartos ó cincuenta y seis maravedís de vellón. Los demás, aunque llamados maestros, no siendo más que oficiales de cantería ó pica-pedrereros, ganaban veintidós dineros, que hacen cuarenta y cuatro maravedís; de forma que la diferencia entre el maestro y los oficiales era sólo de doce maravedís al día. Sobre esta observación diré algo más en la historia de la catedral. Vamos ahora á los accesorios de nuestra obra, dejando á un lado las de madera y fierro, de que no me curé, pues que conducen poco para la historia de las artes. Diré, sin embargo, que en el gran número de puertas y ventanas del castillo, que se acercan á ciento, se nota estar todas trabajadas sobre una idea



y dibujo y además con gran gusto, diligencia, y sin que haya en ellas otra cosa notable que la gran reja de madera que tiene la capilla, de que enviaré á usted un dibujo, si pudiere, para acreditar el buen gusto de aquel tiempo.

¡Ojalá pudiera yo darle también idea de la pintura que se empleó en el adorno de lo interior del castillo! Pues que consta que se pintaron todas sus habitaciones, y hallándose en la cuenta muchas partidas de huevos, con la expresión de ser para preparar los colores, fácilmente inferiría usted cuál era la especie de pintura que se hizo en ellas. Mas por desgracia toda desapareció, y en su lugar sólo se ven los pegotes y chorreaduras de cal que hoy la reemplazan. Consérvase, sin embargo, el nombre del artista principal que dirigió esta pintura, y se llamaba Francisco Cabati, que yo leo Cabaleri ó Caballeri. El que reconoció el libro leyó Cambali; mas como este apellido sea desconocido y extraño, y la nota de abreviatura no atravesase sólo la primera sílaba, sino también las siguientes, tengo por más seguro leer Caballeri, aunque sin insistir en ello, puesto que borradas ya las obras, importa poco el nombre de su autor.

De otro accesorio, borrado también, quedan todavía bastantes vestigios para hacerle servir al complemento de estas memorias. Era el rico pavimento de estuco, que cubrió, no sólo las habitaciones interiores, sino también la galería alta. Componíase de cal viva ó de yeso y pedrezuelas, pero con mezcla de colores, y con tan gran diligencia bruñido, que representaba un hermoso mármol ó más bien pórfido. Gastado en la mayor parte este pavimento, fué reemplazado después en las habitaciones con losas de marés, y en la galería con plastas de yeso y guijarros, tan feos á la vista como incómodos á la huella. Con todo, entre el polvo y roña de la galería se divisan acá y allá algunos trozos, que bien lavados y fregados por mí, descubren su primitiva belleza. Alguno tendrá por impertinente esta observación; yo la creo importante para la historia de esta obra, y usted no la despreciará en la de la arquitectura.

¡Cuánto menos otra, que tengo por más rara y curiosa, y que puedo dar también como descubrimiento mío! Leyendo yo poco há, en ciertos apuntamientos de don Buenaventura Serra, hallé que la obra de la lonja de Mallorca había sido

barnizada. Hízome mucha novedad esta especie; pero por una razón de analogía inferí que á ser cierta, podría muy bien haberse hecho otro tanto en la obra de Bellver, y en efecto así sucedió, pues que examinándola con cuidado, hallé que habían sido barnizadas todas sus obras interiores, descubriéndose aún los restos del barniz en las columnas y antepechos de las galerías, y do quiera que las piedras no han sido enjalbegadas ó sufrido rozamiento; y aún se advierte que el barniz era tan espeso y brillante, que sin dejar percibir la menor huella de la escoda, daba á estos asperones el aspecto de un hermoso y bien bruñido mármol. ¡Quién, pues, á vista de esto, no admirará la sabiduría y gusto de los artistas y la magnificencia de los señores de aquella edad!

Este descubrimiento era demasiado curioso para que yo no insistiese en confirmarle. Con este fin hice preguntar si alguno había hecho observaciones en otros edificios notables de la ciudad, ó si en ella se conservaba alguna memoria de un arte de que Serra habla como perdido en su tiempo. Nadie me dió más luz sobre uno ni otro; solamente el escultor don Francisco Tomás, director de la escuela de dibujo, y tan distinguido por sus conocimientos en la teórica de las artes como por su excelente pincel, me hizo asegurar que en Menorca se sabía aún barnizar la piedra, y que el barniz de que allí se usaba, se hacía con espíritu de vino y cebolla marina. Encargóse además de hacer sobre este punto más indagaciones y aun algunas experiencias, y la cosa queda en buenas manos (3). Cuánto convendría restablecer este arte, usted lo conoce; á mí me basta darle noticia de él, para que á lo menos preserve su memoria en la historia de nuestra arquitectura.

Y ahora bien, cuando no constase por otras pruebas que este castillo fué destinado para habitación de soberanos, ¿no lo inferiría usted de unos adornos tan magníficos, como ajenos del objeto principal de toda fortaleza? Pero oiga ahora otra circunstancia que prueba lo mismo, y no es menos curiosa, ni menos digna de notarse. Al fin de la cuenta que contiene nuestro libro, se halla una partida de gasto en *quinientos cántaros para conejos*. ¡Cuánto he celebrado que no se escapase esta observación! ¿No inferirá usted de ella que el rey don Jaime quiso que este fuese un sitio real para recreo y esparcimiento de sus sucesores, y ya que este benigno clima



no admite ninguna especie de fieras, convertir el bosque en un parque de caza de conejos? El suelo era peñascoso, pero el Rey, queriendo fundar esta nueva colonia, les dió hechas sus madrigueras para que desde luégo viviesen y amuchigasen en ellas. Y á fe que no respondieron mal á sus deseos, pues que no ha podido extirpar sus familias la horrible devastación de este suelo, ni la continua caza que persigue á estos animalitos con manadas de perros y tal vez con hurones. Pero si usted lo admira, admire también la diferencia de los tiempos. ¿Quién diría á los mallorquines, que pidieron por una embajada á Roma, bajo el imperio de Augusto, los librasen de los conejos que assolaban sus campos, que trece siglos después sería necesario plantar una nueva colonia para multiplicarlos en este bosque? (4).

Por corona de las noticias y observaciones extractadas de nuestro libro, pondré una que me condujo al descubrimiento de otra, que aunque perteneciente á distinta obra, da mucha luz para la historia de Bellver. Su hallazgo fué debido á una casualidad de las que no pocas veces acontecen, como usted sabe, á los cazadores de noticias antiguas. Es el caso que el pagador ó ministro real que pagaba y autorizaba todos los gastos de nuestra obra, era un fray Pedro, cuyo nombre se repite frecuentemente, sin apellido ni otra nota de su empleo ó profesión. Pero leyendo después en una obrita del padre Antonio Raimundo Pascual, hallé que este padre se llamaba fray Pedro Dez-Coll, y era de su hábito, esto es, cisterciense. Vea usted cómo.

En la disertación que el citado autor publicó en Madrid, en 1789, sobre la invención de la aguja náutica, que atribuye á su corifeo el venerable Lull, y en uno de sus apéndices, en que habla de la protección que don Jaime II de Mallorca dispensó á los monjes de su monasterio de Santa María de la Real, dice, á la página 223, lo siguiente: «El padre don Pedro Dez-Coll fué muchos años procurador real con un caballero seglar... Corrió á su cargo la fábrica del palacio real de Mallorca. Y en el archivo de mi monasterio ví un pergamino del año 1310, con que el Rey le abonó y aprobó las cuentas sobre dicha fábrica.»

Ya inferirá usted el ansia con que yo desearía ver este pergamino. Era tanto mayor, cuanto no me parecía extraño que

se diese á este castillo el nombre de palacio, y cuanto la fecha y la materia del documento convenían con las del libro ya extractado. Buscóse, pues, con gran diligencia; pero no pareció, ó se dijo que no parecía, en *la Real*. Continuóse la pesquisa en la ciudad, pero en vez de él se halló el libro de cuentas á que se refería, y que contiene las de otra obra, de que voy á dar á usted las noticias que pueden convenir á nuestro propósito.

Es el caso que don Jaime II, al mismo tiempo que construía este castillo para su seguridad y su recreo, emprendía otra obra en Palma para tener habitación conveniente á su estado y dignidad cuando residiese en la capital de su corte. Ambas obras iban tan á la par, que este libro, así como el otro, empieza en 1.º de abril y acaba con el año de 1309. Solicité, pues, que se examinase con cuidado, y lo que de sus cuentas se puede sacar se reduce: primero, á que el llamado palacio no fué obra de nuevo construída, sino una reforma del antiguo castillo de la Almudaina, que había en la ciudad, acomodándole á la forma más conveniente al destino de habitación real, que entonces se le daba, bien que con toda la magnificencia que este requería, y que convenía á la noble sencillez de aquellos tiempos; segundo, que en el principio de esta cuenta se carga fray Pedro Dez-Coll cierto alcance que le resultaba del año anterior, y pues esto prueba que la obra había empezado antes, con mayor razón se podrá decir de la del castillo de Bellver; tercero, que por lo mismo que no se nombra el arquitecto director de esta segunda obra, es de presumir que lo sería Pedro Salvá, pues que se trabajaba á una con la de Bellver, y ambas iban al cuidado de unas mismas personas; cuarto, que Francisco Caballeri ó Cambali era el artista que dirigía todas las obras de pintura, expresándose que tres pintores oficiales pintaron la capilla real, el oratorio privado del Rey, la alcoba de la Reina y de madona la Infanta, y las celdas de las doncellas ó camaristas; quinto, que en la misma obra se empleó un escultor llamado Francisco Campredoni (5), traído de Perpiñán para construir la estatua del ángel, que se colocó sobre el altísimo homenaje del antiguo castillo, el cual todavía existe, aunque la torre fué posteriormente rebajada; sexto, que como esta estatua sea de bronce, se puede inferir que por aquel tiempo, ó no había